

Globethics Repository



Entrevista al Dr. Gerardo Aboy Carlés [Interview with Gerardo Aboy Carlés]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Padilla, Cecilia;Ruiz del Ferrier, Cristina
Publisher	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-09 12:13:34
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224510



Entrevista al Dr. Gerardo Aboy Carlés

Interview with Gerardo Aboy Carlés

Doctor en Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense.
Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA).
Investigador Independiente de CONICET y Profesor titular del IDAES-UNSAM.

“Espero que, una vez que se calmen un poco los fanatismos antikirchneristas y kirchneristas, el balance sea más matizado y no quede marcado por estos últimos cuatro años que le hacen poca justicia, a mi entender, a este proceso.”

Por Cecilia Padilla* y Cristina Ruiz del Ferrier**

Fecha de Recepción: 31 de marzo de 2015.

Fecha de Aceptación: 10 de abril de 2015.

* Cecilia Padilla es Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Traductora literaria y de especialidad en inglés por la Universidad del Museo Social Argentino (UMSA) e Intérprete de inglés por la misma universidad. Asimismo, es Maestranda en Ciencia Política en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de San Martín (UNSAM). Se desempeña como Ayudante *Ad Honorem* en la materia “Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales”, Cátedra Schuster, en la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Correo electrónico: padilla.mcecilia@gmail.com

** Cristina Ruiz del Ferrier es Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y doctoranda en Ciencias Sociales en UBA. Investigadora-docente de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede académica Argentina. Editora de la Revista Estado y Políticas Públicas de FLACSO Sede académica Argentina. Correo electrónico: cruiz@flacso.org.ar

Cecilia Padilla-Cristina Ruiz del Ferrier: -Teniendo en cuenta que Usted es uno de los especialistas más reconocidos de la obra de Ernesto Laclau en la Argentina, ¿cuáles son las principales críticas que le realizaría al concepto de identidad política?

Gerardo Aboy Carlés: -En primer lugar, diría que la noción de identidad política era una noción bastante relegada en los estudios políticos en general prácticamente hasta fines del siglo pasado. Había sido importante antes, pero había sido relegada y era, en líneas generales, utilizada para abordar los extremos del arco ideológico. La gente que siguió trabajando con la noción de identidad política en los años setenta e incluso ochenta se dedicaba o bien a estudios sobre terrorismo. Es el caso de Fernando Reinares en España y Richard Rubenstein en los Estados Unidos, o de aquellos que se dedicaban a los nacientes movimientos neofascistas, en ese momento, el caso del Frente Nacional. Eso comienza a cambiar alrededor de fines de los ochenta y principios de los noventa, cuando comienzan a haber algunas obras distintas, como un trabajo de Malek Chebel en Francia que publicó PUE, también el trabajo de un equipo de la Universidad de Picardie encabezado por Jacques Chevallier, que sacó una compilación general sobre la identidad política en el 94. Y en ese mismo año, Ernesto Laclau publica *The Making of Political Identities*, una compilación que nunca se publicó en castellano, con un capítulo inicial de él y de Lilian Zak que se llama *Minding The Gap*. Lo que hace la obra de Laclau, en realidad lo que ya hace Laclau con Mouffe con el concepto gramsciano de hegemonía en *Hegemonía y estrategia socialista* que es del 85, es vaciarlo de contenido hasta tal punto que hace prácticamente una lógica de la agregación social con eso. Entonces, en cierta medida creo que, aunque a él no le hubiera gustado ser leído sociológicamente, a partir de la reconceptualización de la noción de hegemonía hay un principio de inteligibilidad para tratar el lazo político en general. Entonces, sobre este conjunto de obras que data de fines de los ochenta y principios de los noventa, se va a producir

ese nuevo vuelco, mucho más perceptible en los últimos 10 años, a estudios de identidad que ya no se circunscriben a los extremos del arco ideológico, sino que básicamente estudian las identidades políticas en general. Ese es un poco el punto sobre el cual me parece que se repotencian estudios que habían sido más clásicos hacia la primera mitad del siglo XX, que se olvidaron después y quedaron relegados a un extremo del arco ideológico, y que vuelven en los estudios políticos. En este sentido, creo que el problema principal que tienen los estudios sobre identidades políticas hoy –y cierta lectura demasiado apegada al mismo Laclau– es poner un énfasis demasiado estricto en nociones que hacen al límite, como la noción de significante vacío –no digo que esta noción no sea útil sólo que hay que matizarla– porque eso ha llevado a cierta visión muy paratáctica y regimendada de las identidades –que es una carga leninista que Laclau mantiene–, una visión muy excluyente de las identidades, muy claramente delimitada, como si fueran formaciones militares enfrentadas. Y ese es un problema. Porque básicamente no deja ver que los procesos de relación entre identidades, incluso de competencia o antagonismo, hacen que tomen más la forma de manchas superpuestas, esto es, que no hay un límite tan claro y que muchas veces el juego político se mueve no en un enfrentamiento que separa una identidad de la otra, sino en esa superposición. Entonces, diría que el principal problema que veo en los estudios empíricos sobre identidades, pero que proviene de un problema teórico, es cierta concepción un poco maniquea del límite identitario. Creo que ése es el principal problema que tienen los estudios de identidades que abundan hoy en la Argentina y en América Latina.

C.P. – C.R.F.: -¿Cuál es el vínculo entre identidad y representación política? ¿Por qué Usted afirma que no puede constituirse una identidad política sin representación?

G. A. C.: -Para mí la representación es una dimensión constitutiva de toda identidad política. Para mí no hay identidad sin representa-

ción. Y esto porque ya uno podría pensar que desde Rousseau el doble carácter del ciudadano, en esa división entre súbdito del Estado y miembro del soberano, como piensa la modernidad política, en ese desdoblamiento, uno ya es otro. La noción de representación siempre es una *ficticial unit* que supone el poner algo donde supuestamente no está, pero también es esta idea de la división, del principio de una escisión como aquel súbdito que al ingresar en una asamblea se transforma en miembro del soberano. Derrida ironizaba con que la presencia original está constituida por la repetición. Si no hubiera repetición no podríamos llamar a algo el original. Por lo tanto, siempre hay un representante que hace posible como tal que la entidad surja. En mi trabajo lo que digo es que hay una dimensión representativa de toda identidad. Hablo de tres dimensiones en el estudio de las identidades. Una dimensión de alteridad, que es el espacio frente al cual una identidad se recorta, con todas las aclaraciones que vienen de aquello que mencioné como manchas superpuestas, cuál es mi diferencia específica que me da entidad frente a algo que me es ajeno, cuál es mi límite identitario, sea un antagonismo, una relación de enemistad o de diferenciación, como se quiera entender eso en términos de intensidad. Hay una segunda dimensión que para mí es la dimensión representativa, que daría cuenta de cómo un espacio solidario cierra internamente cierta homogenización. En el más puro sentido para un sociólogo de la idea de solidaridad mecánica, de conciencia colectiva o común, que en muy buena medida Durkheim toma de la idea de voluntad general rousseauiana. Y después hay una tercera dimensión, diacrónica, que tiene que ver con la tradición, es decir, cómo toda identidad reinterpreta constantemente su propio pasado y su propio devenir muchas veces en función de exigencias políticas del presente. Este constante reescribir la historia, donde la historia es siempre la página en blanco sobre lo que habrá sido potencialmente algo.

C.P. – C.R.F.: -¿Qué opinión le merece los aspectos epistemológicos del denominado Análisis Político del Discurso, sin dudas mucho menos desarrollados que la Teoría de las Identidades Políticas, a la hora de brindar herramientas específicas para el análisis de casos? ¿De qué manera pueden subsanarse los aspectos metodológicos frente a tan robusto marco teórico?

G. A. C.: -Creo que esto no ha sido consistentemente trabajado por Laclau, quien ha dado una orientación general. En algún punto, contamos con autores como David Howard, por ejemplo, miembro del equipo a cargo de Essex, heredero del programa y marido de Aletta Norval, quien fue una de las dirigidas más importantes de Laclau, sudafricana, también profesora allí, que han avanzado bastante en cierta especificación. Creo que la noción de discurso tal como es planteada por Laclau y Mouffe es muy amplia, en la medida que el discurso es el resultado de toda práctica que construye sentido y organiza relaciones de sentido, donde sentido es sinónimo de significación; pero estoy lejos de considerar un problema en esa amplitud. Es cierto que muchas veces el investigador carece de herramientas específicas o hay un arco excesivamente discrecional para el trabajo empírico. Y esto a veces epistemológicamente puede ser un problema. Para mí es una libertad. Te diría que el problema que veo principalmente hoy en los estudios influidos por la Escuela de Essex, que puede estar relacionado muy lejanamente con esta vaguedad, es un problema epistemológico mucho más grave y se ve sobre todo en tesis relativamente jóvenes, en cierto uso dogmático de los conceptos donde el estudio específico de campo toma la forma casi de una postal para ilustrar el resultado de una prenotión teórica. Lo más típico es el estudiante que busca el significativo vacío, que busca la foto que calce en el cuadro. Ese es el principal obstáculo que veo en el desarrollo y en la forma que están tomando estos trabajos a los cuales me dedico. Me parece más interesante buscar pelearse con la teoría en el campo y tratar de ver cómo la teoría muchas veces no puede dar cuenta real del campo. Diría que un cierto dogmatismo teórico lleva a trabajos

empíricos de muy baja calidad. Ese es el principal problema contra el que hay que luchar, el uso ilustrativo de la empiria para adornar cierta concepción teórica, antes que lo que me parece mucho más productivo: que es partir hacia el campo con ganas de pelearse con el marco y no de aplicarlo. Por supuesto que sin un cierto aparato conceptual no hay ni delimitación de objeto ni preguntas relevantes, pero creo que el marco teórico debe ser un orientador y disparador. No hay que tener miedo a pelearse con el marco teórico, con Laclau o con otros, porque para que parte de la herencia de Laclau sea productiva habrá que hacerlo dialogar con otros autores. Hay que empezar a buscar esas inconsistencias cuando se sale al campo y en la misma teoría. Con respecto a Laclau, observo un Laclau que pasa de identificar al antagonismo con la política un Laclau que en el 2005 dice que política es igual a hegemonía, una afirmación que, dadas todas las discusiones que existen sobre la noción de hegemonía en la forma que él la había formalizado, es una aseveración que se sostiene. Pasamos de ese Laclau a uno que dice allí mismo, en *La razón populista*, que política y hegemonía es igual a populismo, lo que constituye una barrabasada, porque supone que los únicos antagonismos que existen en la sociedad son antagonismos populistas. Sin embargo, hay formas de antagonismos y de identidades, por ejemplo, identidades parciales –que no han querido representar a toda la comunidad sino a sí mismas– que han sido sumamente productivas en términos de conflictividad y eso Laclau lo deja por fuera de la política. En ese sentido, tenemos inconsistencias que se dan incluso en el mismo plano teórico del autor. Creo que el desafío es relacionarse en forma no dogmática con los autores, tratar de encontrar los huecos en la teoría, hibridarlos con otros autores, y sobre todo, estar dispuesto a que los estudios de campo pongan en cuestión algunas de esas prenociiones teórico-metodológicas. Confío más en eso, en una apertura menos dogmática para el análisis empírico, que en una teoría que en principio tiene un alto grado de abstracción.

C.P. – C.R.F.: -¿Cuáles son las principales críticas que Usted realiza a la obra laclausiana?

G. A. C.: -Hay que distinguir al Laclau personaje público del Laclau teórico. Creo que Ernesto, con un entusiasmo muy adolescente en sus últimos años, hizo mucho por banalizar aspectos muy valiosos de su obra. Pero si debo decir cuál sería el centro de la crítica, dónde veo que empieza un problema que para mí alcanza su mayor expresión en algunos aspectos de *La razón populista*, sería en la forma en que Ernesto le fue dando lugar a su concepto de significante vacío, concepto que aparece desarrollado fuertemente por primera vez en *Emancipación y Diferencia*, libro de mediados de los años '90. Tenemos un libro absolutamente novedoso, radical, pluralista como *Hegemonía y estrategia socialista*, en el que básicamente se aboga por la crítica, en el que se toma y se critica a Gramsci tomando partido por la ruptura con el imaginario jacobino de una escena única de constitución de lo político, y luego tenemos un Laclau opuesto al anterior, absolutamente jacobino, que en *La razón populista* del 2005 cree en un sólo espacio de constitución de lo político. Creo que esa posible confluencia de espacios, ese mecanismo de agregación de espacios, no tenía en el libro de 1985 la forma de subsunción y de verticalización que su interpretación del significante vacío va adquiriendo progresivamente con en el tiempo. El texto del '85 es un texto mucho más horizontal, donde se piensa la confluencia y los conflictos, se piensa la sobredeterminación en forma mucho más rica de unos conflictos por otros, es decir, eso está, pero no se piensa en una organización vertical de la identidad o del espacio político. Crecientemente, la forma en que Laclau concibe la noción de significante vacío no es como un proceso u operación, sino como el topos de un nombre, y paulatinamente como el topos de un nombre propio y de un liderazgo que va dándole un sesgo a la aplicación de la teoría: se pasa de una teoría libertaria a una teoría que tiene algunos aspectos autoritarios –yo no voy a decir que es autoritaria pero sí que tiene aspectos autoritarios–. Claramente esto aparece en *La ra-*

zón populista. Está muy bien la crítica que le hace Emilio de Ipola en un texto que se llamó “La última utopía” que salió en un libro que editó Claudia Hilb en homenaje a Juan Carlos Portantiero, donde muestra claramente cómo en un pasaje Ernesto pasa del significante vacío al nombre, del nombre al nombre propio, del nombre propio al líder. Esto no quiere decir que no haya liderazgos en la política ni mucho menos, lo único que estoy diciendo es que es mucho más rica la operación de equivalenciación que aparecía como relativamente horizontal y alternativa en *Hegemonía y estrategia socialista*. A través de la interpretación posterior, la noción de significante vacío fue tomando paulatinamente un carácter vertical. Mi crítica principal a Ernesto es esa. También es, obviamente, la de suponer que política y populismo son sinónimos, y esa cierta persistencia leninista de pensar todavía a los actores en términos de recortes estrictos sobre el mapa, algo que sin embargo intentó matizar a través del desarrollo de la categoría de significante flotante.

C.P. – C.R.F.: -¿Por qué conceptualmente critica la denominación de “neopopulismos” para dar cuenta de los procesos latinoamericanos de la década del noventa?

G. A. C.: -Comento cuál fue mi forma de partir en los estudios: fue tratar de concentrarme en los casos en los que no había ninguna duda en calificarlos de populistas. Tomar al mismo tiempo ciertos trabajos clásicos, digo desde Gino Germani, Weffort, el primer Laclau, etc., y tratar de aislar ahí algunas constantes de esos procesos. Algunas ya las había marcado Ernesto, otras tenían que ver con el regeneracionismo y la constante renegociación del límite comunitario propia de los populismos, también agregaría la presencia de oposiciones bipolares, por izquierda y por derecha a los populismos clásicos y todo ese entramado del antagonismo populista que nos despierta la duda acerca de si el populismo es tan solo una identidad o una matriz en la que se incluyen también los supuestos enemigos. Yo no encuentro ninguna de estas características centrales, puedo encontrar sólo algunas en los para mí

mal llamados “neopopulismos”. Kurt Weyland, un autor que trabaja temas de neopopulismo con el cual tengo muchas diferencias, hace una buena descripción sobre qué paso con las definiciones del populismo. Él decía que se pasó de un criterio agregativo donde se sumaban los rasgos, es decir, tiene que estar el rasgo A más el B más el C; a un criterio alternativo, donde si estuvieran alguno de los rasgos-A, B, o C-, ya bastaba para ser calificado de populista. Creo que muchas veces se habla de populismo para hablar de una tendencia demagógica y autoritaria, pero hay otras palabras para eso. Me parece que en muchos aspectos, aquello que se llama *neopopulismo* presenta una ruptura no en las políticas específicas sino en la forma de relacionarse con el otro que tenía el populismo clásico. Entonces, en ese sentido, critiqué bastante esa línea de trabajo como la de Weyland, a ese uso de neopopulismo que hizo en su momento por ejemplo Marcos Novaro, si bien su trabajo es muy bueno, o los trabajos de Kenneth Roberts sobre Perú. También estoy en contra del uso ligero del término populismo para los casos latinoamericanos actuales. Creo que hay casos populistas, indudablemente el chavismo lo fue, pero el kirchnerismo no. Para mí después del '83, en un sentido general, hay un componente liberal y republicano en la política argentina que no permite ese intento de cierre de “el país somos nosotros” para inmediatamente abrir al “país somos todos”. Ese juego no es tan posible si uno toma operaciones en gran escala, aunque tal vez sí se puede encontrar alguna pieza discursiva populista. Ese es el otro problema que tienen en general los estudios de nuestro tipo. Primero, definimos al sentido no como exclusivamente construido a través de la palabra, y sin embargo, el grueso de los estudios toma exclusivamente actores centrales, o un actor central para hacer el seguimiento. Creo que vale más la pena ampliar esa mirada. La construcción de sentido nunca es unidireccional, es la construcción entre la interacción de muchos sentidos y muchas apropiaciones. Me parece que complejizar la trama habla mucho más de los procesos. Por supuesto que

cada uno tiene derecho a estudiar lo que quiera, por ejemplo, el discurso de Evo Morales y punto, pero si queremos hablar de la construcción de sentido y de un proceso más general, vamos a tener que ir a bastantes más lugares que la mera palabra de Evo Morales.

C.P. – C.R.F.: -Usted ha afirmado que el debate sobre populismo no surge, como habitualmente se cree, de la proliferación de gobiernos populares que experimentó América del Sur en el nuevo milenio, sino que éste hunde sus raíces en un debate anterior: el retorno a la democracia y el establecimiento de democracias liberales. ¿Qué elementos lo llevaron a esta afirmación? ¿Podría explayarse en este punto?

G. A. C.:—Lo que voy a decir está muy ligado al caso argentino, no latinoamericano en general, pero creo que el caso argentino fue central en reimpulsar el debate regional. En 1977, Ernesto publica el artículo *Hacia una teoría del populismo*, cuando la primera gran ola de debate del populismo ya estaba cerrada, pues llega más tarde que los debates de Germani, de Weffort, etc., de los debates más importantes y cercanos a la mitad del siglo XX. Yo digo que en el caso argentino la política reactualiza un tópico que es tomado de cierta forma por la investigación y a partir de ahí se disparan ciertos estudios. En realidad, la discusión es anterior. Hay una discusión que se da en México, en el exilio, que va a marcar la discusión que viene después, que tiene que ver con las diferencias entre Ernesto Laclau que había viajado desde Londres y Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero acerca de la continuidad o discontinuidad entre un proyecto socialista y la lógica populista. Me parece que algo de ese artículo preanuncia lo que vino después. ¿Qué pasa en los '80? En la fundación del sistema político argentino post '83 hay dos intentos claros de ruptura con el pasado. El primero, con el pasado dictatorial inmediato, de terror, la frontera vida/muerte. Pero hay otro intento muy presente, que uno puede rastrear muy bien en una pieza discursiva. Volvemos a De Ipola y Portantiero, con Parque Norte, el discurso pronunciado por Alfonsín y en buena medida escrito por Emilio y

por "el Negro" Porta, el 1 de diciembre del '85, donde retoman sin saberlo algunas cosas que se habían planteado en la Argentina a fines de los años '60: la idea apenas sugerida, porque en ese momento era difícil plantearse, de que tal vez la inestabilidad política argentina no tenía sólo que ver con las razones del enfrentamiento socioeconómico que habían marcado todos los estudios de los años sesenta y setenta —me refiero por ejemplo a los textos del empate hegemónico de Portantiero, la alianza defensiva de O'Donnell, etc.— sino que había algo en la construcción misma de las fuerzas políticas populares argentinas que hacía muy difícil la creación de un sistema de convivencia que se pudiera institucionalizar. Básicamente, la pretensión con la que nacieron las fuerzas populares argentinas de ser una representación del todo y al mismo tiempo una reivindicación de una parte concreta. En los 80 vuelve a delinearse una sospecha sociológica muy fuerte de que las causas de la inestabilidad estaban en la forma de constitución de los principales actores políticos partidarios. Eso está y subyace en Parque Norte que, para muchos, es una herejía porque Alfonsín critica su propio partido, la intransigencia, y critica muchos aspectos en ese sentido. Esta es una mirada hacia el pasado que pone el problema no ya en una fuerza pretoriana maléfica que interrumpe la vida pacífica de los argentinos, sino en la forma en que se construyó el lazo político y las identidades políticas populares en la Argentina. Se plantean algunos obstáculos y se crea una nueva agenda o preocupaciones de investigación. El debate repunta en ese momento. Por eso digo que la última ola de debates sobre el populismo estuvo muy marcada por la propia transición. No sólo en la Argentina, también en México y Brasil, aunque allí más tardíamente porque quedaron muy atados a las lecturas del populismo como fase económico estatal. En la Argentina, la experiencia de los gobiernos populares de la región en el nuevo siglo llevó a la moda de que muchos becarios presentaran proyectos sobre el tema, como 10 años antes presentaban proyectos sobre movimientos de

desocupados. Me parece sin embargo que la investigación del populismo enraíza bastante antes: en una preocupación que es central del proceso fundacional de la democracia argentina post '83.

C.P. – C.R.F.: ¿Por qué Usted no estaría de acuerdo con que los regímenes latinoamericanos actuales sean populistas, salvo el caso de Chávez en Venezuela?

G. A. C.: -No sólo el de Chávez. Hay una situación particular que es la boliviana que se puede atender en esos términos, si bien yo creo que no es un caso puro, y también hay ciertos aspectos de la situación ecuatoriana que podrían acercarse. El único populismo claro a la antigua usanza, a la usanza del Vargas del 53/54, del Perón del '46 en adelante, del Cárdena en la fase inicial del '34-'38, me parece el de Chávez. Creo que el principal obstáculo que tiene la forma de construcción de los lazos políticos que caracterizan al populismo está dado por los aspectos liberal-republicanos, tenues o no, pero que fueron fundacionales y centrales en la democracia argentina post '83. Vale decir que la democracia argentina viene con una impronta liberal anti-autoritaria fuertísima, básicamente de la mano de derechos humanos, de la frontera entre la vida y la muerte. Eso es central al darle un giro liberal que la política argentina había perdido a lo largo de las décadas. Y digo liberal y republicano aunque nosotros sabemos que son dos tradiciones completamente antagónicas en muchos aspectos. Digamos que aquella desconfianza muy liberal hacia el poder persiste. Ese anti-autoritarismo que el '83 introduce no es ajeno a que haya cierta predisposición en los '90 para un discurso como el que hubo. Con esto no estoy diciendo que haya habido continuidad entre Alfonsín y Menem en ese aspecto, solamente que hay elementos que podían facilitar cierta crítica, tal como hoy veo el lugar de los gobiernos argentinos que siempre parece que están en la oposición, que son la crítica a un poder que está en otro lado. Continúan activos aspectos de esa impronta fundacional como cuando el pasado atroz del autoritarismo estaba tan cerca. Al mismo tiempo, se introduce un aspecto republicano de pluralidad y conflic-

tividad en la sociedad que es incompatible con cierta tendencia homogeneizante que el populismo trae consigo. El populismo como fuerza eminentemente democrática, tiende a igualar, a homogeneizar. Tenemos, entonces, movimientos donde hay algún discurso de ese tipo, pero no un lazo político con la fuerza constante de una parte que quiere ser el todo y otra parte que a veces se regenera y vuelve o se opone radicalmente de acuerdo a las circunstancias. Y me parece que esto está mucho más vivo de lo que muchos se animan a sostener. Creo que aunque el gobierno de Alfonsín terminara muy mal, ciertos aspectos de esa fundación del alfonsinismo y la renovación en cuanto a lo que era el sistema político en términos de tratar de acercarse a una democracia con aspectos liberales y republicanos, permearon hasta tal punto la política posterior que todos los gobiernos posteriores fueron medidos con esa vara: Menem, De la Rúa, Duhalde. Inicialmente, en el 2003, 2004, 2005, el kirchnerismo tuvo un intento fuerte de recuperar eso. Te diría que básicamente pareciera que acá tenemos un problema derivado de las ambigüedades del término democracia. Pasamos muchísimo tiempo discutiendo si el populismo es democrático porque lo democrático es lo homogéneo. Si bien el populismo tiene un elemento pluralista que lo aleja radicalmente de los totalitarismos (justamente ese juego entre la parte y el todo), ya Talmond y Berlin habían advertido sobre la continuidad entre ciertas vertientes del pensamiento democrático y el totalitarismo en los años 50. El problema de la agenda de investigación que me parece importante es un aspecto fundamental que Julián Melo lo trabajó más que yo en su momento: el problema de la exclusión instituciones/populismos que hace Laclau. Creo que ya se ha demostrado que esa oposición es errónea, pues desde el momento en que uno considera a muchos populismos latinoamericanos como movimientos de expansión de derechos, ya tenemos algunos problemas con ese planteamiento. Laclau invertía la crítica que el *mainstream politológico* hacía a los populismos para repartir bendiciones donde antes había ex-

comuniones. Aunque reivindicara a los populismos antes denostados, mantenía inmovible la exclusión entre éstos y las instituciones denunciada por los politólogos. Hay un juego muy tramposo que tiene que ver como dije con la polisemia del término democracia. O sea si yo uso una noción clásica y fuerte de democracia voy a decir que los populismos son democráticos. Si un politólogo está pensando en la noción de poliarquía a ultranza va a decir que los populismos son contrarios a la democracia. Yo no creo que sean contrarios, sí que pueden existir áreas de tensión fuerte. Tal vez sea más justo que llevemos la discusión sobre un terreno, si queremos hablar de lo mismo, que podría tener que ver con la relación entre populismo y Estado de derecho.

C.P. – C.R.F.: -Si bien Usted sostiene que el mecanismo populista es un hecho del pasado, también afirma la existencia de un "populismo atemperado". ¿A qué hace referencia exactamente con esta categorización?

G. A. C.: - Desde el intento mismo de la fundación, donde teníamos este discurso de Parque Norte, a la Coordinadora levantando todavía la contradicción fundamental y la idea del tercer movimiento histórico-algo que le caía muy mal a Portantiero y a de Ipola, asesores de Alfonsín aparecen de cierta manera muchos elementos del populismo que hibridaron en ese sistema y le dieron esa característica. Yo creo que si la Argentina tuvo la experiencia de una democracia liberal limitada en su historia, lo fue tan sólo en la presidencia de Alvear del '22 al '28. El intento del '83 es la construcción de una democracia liberal ajena a cualquier historia previa, salvo ese antecedente que los radicales no podían ni mencionar porque pasó FORJA en el medio. Es decir, Alvear pasó de ser el que quiso construir un partido radical socialista a principio de los años '40, a ser más o menos una variante del partido conservador en la lectura radical. Entonces, dar la disputa por Alvear estaba medio perdido, a pesar de que algunos socialistas lo hacían. Es decir, la herencia nacional-popular, que es muy rica, no era rechazada; eran rechazados algunos de

sus rasgos que se veían como más nocivos para el establecimiento de un régimen más liberal-republicano. Entonces, creo que muchos de los rasgos de uno y otro hibridan, aunque no se puede hablar de populismo en sentido estricto, sobre todo los gobiernos de Alfonsín y del kirchnerismo. En Menem es diferente, porque con él no hay pendulación entre ruptura y orden, que sería lo básico del populismo, sino que la ruptura es idéntica al orden, porque él se propone romper con el desorden anterior de la hiperinflación, entonces no hay ese espacio para un juego populista. Me parece que todos recuperan una parte de ese juego nacional-popular pero con una gramática distinta. Me parece que O'Donnell es más fuerte cuando habla de las Democracias Delegativas pensando en casos como el de Menem, Fujimori y demás. El término de "populismo atemperado" no es tan pesimista porque hace más referencia a parte de lo mejor de la democracia post '83. Pero sí considero que algunos elementos han quedado hibridados entre la reforma moral liberal-republicana y la tradición nacional popular. Y me parece que todavía nuestro sistema tiene mucho de eso. Lo veo como una hibridación de aspectos, no como una reiteración del populismo.

C.P. – C.R.F.: -En el actual contexto pre-electoral en nuestro país y la incierta sucesión kirchnerista, ¿cuál es, a su entender, el futuro del kirchnerismo?

G. A. C.: -Yo creo que es muy difícil aventurarlo hoy. Es muy difícil saber qué pasará. Creo que todavía no hay una estrategia clara, ni siquiera para el propio gobierno. Indudablemente, va a haber una persistencia del kirchnerismo como fuerza política, pero su volumen es incierto. En primer lugar, desde el '83 hasta la elección del 2003 que elige a Néstor, el peronismo siempre había sido minoría aún ganando, siempre había sido menos de la mitad de los votantes. En el 2003 cuando tenemos las 3 fórmulas peronistas, el peronismo se va al 60% y pico de los votos. Originalmente, a través de su construcción de poder, el kirchnerismo pasó a ser una mezcla de parte de peronismo, con parte de alfonsi-

nismo y de progresismo en general. Con parte de alfonsinismo no sólo estoy diciendo los radicales K, sino que tomó parte del electorado progresista más difuso. Digamos que parte de ese electorado y parte de lo que fue sumando después de otros acontecimientos, la crisis del campo por ejemplo, le sumó al kirchnerismo mucho activismo de izquierda no kirchnerista, incluso opositora hasta poco antes que fue dándole nuevos contornos. Entonces, si bien creo que el kirchnerismo inicial es en muchos aspectos distante del actual, me parece que va a haber una persistencia, aun cuando creo que el kirchnerismo va a perder el control del peronismo, y el peronismo se va a rearticular en otro lado. Estimo que en los próximos dos años va a ser difícil que controle el peronismo, gane o pierda. Si gana el Frente Para la Victoria yo creo que las chances son menores que si pierde. Puede haber un horizonte, pero no veo un horizonte masivo, no veo la gran fuerza de impugnación del próximo gobierno en el kirchnerismo. No creo que el kirchnerismo desaparezca como fuerza política, pero sí que va a quedar como una fuerza política más restringida y que su futuro dentro del peronismo es una incógnita, porque también veo la posibilidad de que exista como una fuerza aparte del peronismo, como una fuerza testimonial pero fuera del peronismo, en el difícil caso de que gane un peronista, que sí o si va a tener que hacer lo que hicieron ellos con Duhalde.

C.P. – C.R.F.: ¿Cuál considera que es el legado del alfonsinismo y del kirchnerismo a la democracia?

G. A. C.: -Veamos. El legado del alfonsinismo fue muy importante. Construyó la gramática sobre la cual nos seguimos reconociendo en términos de comunidad política. Cuando hablo de alfonsinismo hablo del ciclo, no sólo de la figura de Alfonsín. Me parece que Alfonsín y los Renovadores construyeron los parámetros desde los cuales los argentinos seguimos entendiendo qué es la democracia lo convirtieron en sentido común. En ese sentido tienen la estatura de los Padres Fundadores del siste-

ma en que vivimos aunque sea muy reciente, aunque estemos a tres décadas y pico de esos hechos, me parece que esa fundación tiene una importancia fundamental.

Por su parte, el kirchnerismo tuvo que ordenar una situación. Miremos hasta qué punto aquella renovación intelectual y moral del alfonsinismo caló en la sociedad argentina, que el país tuvo que pasar un proceso que prácticamente muy pocos regímenes democráticos consolidados atravesaron, una crisis como la del 2001, sin que hubiera ningún riesgo autoritario en el horizonte. En ese marco de crisis económica, con el descrédito de la política, por más que recibiera al país ya creciendo y relativamente más tranquilo, el intento de reconstrucción de un lugar de la autoridad pública y de un papel de la política en general, el volver a recubrirla de una cierta credibilidad, de una cierta capacidad de iniciativa y demás, fue central. Y en ese sentido, creo que hay mucho de ese período inicial del kirchnerismo que es un intento de volver a la gramática de los ochenta, con un corte o énfasis más nacionalista en algún punto. Yo le recordaría a muchos que el que recorrió el país con un discurso más nacionalista de comunidad reparadora de derechos fue Alfonsín en los albores del nuevo siglo. Entre Alfonsín y Kirchner hay diferencias notorias de trayectoria y de vida. Pero Kirchner, en ese período de debilidad electoral inicial, intentó inspirarse mucho en la fundación. El kirchnerismo hizo muchas cosas, muchas muy buenas, otras bastante malas. Muchas quedarán, o no. Pero me parece que el balance va a ser más matizado a medida que pase el tiempo. Creo que estos últimos 4 años, del 2011 a la actualidad, fueron años de una gestión muy mala acompañada de un tono relativamente autoritario, donde le costó más desarrollar esa dinámica que había tenido sobre todo en el primer tramo, de ser un gobierno más abierto a la sociedad. Pero me parece que la lectura va a ser matizada. Va a haber lectura de oportunidad perdida,

sin dudas, de crítica feroz a un precario ensayo sustitutivo anacrónico, de censura a los avances sobre la Justicia, pero también una de recuperación de cierta obra pública, de ciertos derechos sociales, de la ampliación del número de jubilados, de la Asignación Universal por Hijo, de la ampliación de derechos de minorías, etc. Hay que ver cómo los trata la historia. Para sus críticos, Perón siempre será recordado por la fase más represiva de su gobierno, entre 1953 y 1955 y no por el período más tranquilo, del 46 al 48, cuando se desarrollaron la mayoría de las reformas sociales. Con esto no estoy comparando el kirchnerismo terminal con Perón. Creo que hay que hacer un balance matizado. Sin lugar a dudas hay gestos perdidos. Me parece extraño que repitamos siempre el ciclo cuando había oportunidades para no hacerlo. Con ciclo, me refiero a que partimos de una devaluación, reactivamos sobre la base de capacidad instalada y bajo nivel de inversión, aumentamos el nivel salarial y llega un momento en que nuestros productos son no competitivos en ningún lado. Me parece que había aire para hacer otra cosa. Por eso, cuando hoy se habla de sustitución de importaciones como la base del desarrollo industrial, me parece que estamos en un error. No podemos pensar como pensábamos en 1916 o en 1930. En ese sentido sí va a haber quiénes hablen de oportunidad perdida. Pero hubo aspectos de avance social, ni hablar de política científica. Indudablemente en este último aspecto hubo un antes y un después del kirchnerismo. Si bien algunas cosas habían arrancado un poco antes, se dio la recomposición salarial, se tomó una política científica, se crearon objetivos y metas. ¿Eso alcanza para hacer un balance general de un gobierno? Pueden decir que no, pero para una generación que tuvo Asignación Universal por Hijo, que en su momento fue la diferencia entre que hubiera un plato de comida en la mesa o no, va a ser muy importante. Espero que, una vez que se calmen un poco los fanatismos antikirchneristas y kirchneristas, el

balance sea más matizado y no quede marcado por estos últimos cuatro años que le hacen poca justicia, a mi entender, a este proceso.

C.P. – CRF: -Si bien Usted ha afirmado que en la fundación democrática de 1983 en donde radican los principales obstáculos para la reiteración de experiencias de tipo populista en sentido estricto. ¿Cree que es posible el surgimiento de un nuevo tipo de populismo en América Latina?

G. A. C.: -Sí. De hecho como dijimos hay formas populistas actualmente en América Latina. Si bien nunca se puede hablar del futuro con certeza, creo que la forma populista puede reiterarse. En primer lugar, no creo que el populismo sea excluyente sin más de aspectos republicanos y liberales. Hay componentes republicanos y liberales en el populismo. Yo no digo que el populismo es el republicanismo como dice mi amigo Eduardo Rinesi, porque creo que Eduardo justamente toma la división social del republicanismo maquielaviano pero no presta igual atención al pluralismo que requiere la convivencia en esa diversidad comunitaria. Hay por ejemplo un aspecto liberal en aquel peronismo que hizo sentir a mucha gente persona y sujeto de derechos, ¿Queremos un elemento más básico del ideario liberal? No creo que sean incompatibles. Creo que hay áreas de fricción entre populismo, república y Estado de derecho. Me parece que en la medida que ese componente republicano y liberal es muy fuerte, hay poco espacio para que un populismo *tout court* emerja. Ahora, eso también se puede perder, se ha perdido en muchos países. Nada puede indicar que suceda o que no y los populismos son de muy distinto signo. Es una posibilidad, en el presente de hoy improbable en el caso argentino, que no será el caso uruguayo pero tampoco es el caso venezolano. Hoy para nosotros, los populismos puros son casos del pasado, pero no me arriesgaría a decir algo definitivo sobre algo tan insondable como el porvenir.